

## *El siglo Cuestiones de método\**

**Alain Badiou**

¿Qué es un siglo? Pienso en el prefacio escrito por Jean Genet para su pieza Los Negros. Plantea allí, bajo un modo irónico, la pregunta: ¿qué es un negro? Y agrega: “Y en primer lugar, ¿de qué color es?”. También yo tengo ganas de preguntar: un siglo, ¿cuántos años tiene? ¿Cien años? Esta vez, es la cuestión de Bossuet la que se impone: “¿Qué son cien años, mil años, puesto que un solo instante los borra?” ¿Nos preguntaremos entonces cuál es el instante de excepción que borra al siglo XX? ¿La caída del muro de Berlín? ¿La secuencia del genoma? ¿El lanzamiento de la moneda europea?

Aún suponiendo que llegáramos a construir el siglo, a constituirlo como objeto para el pensamiento, ¿se trataría de un objeto filosófico, expuesto a ese querer singular que es el querer especulativo? ¿El siglo no es, en primer término, una unidad histórica?

Dejémosnos tentar por esta señora del momento, la Historia, supuesto soporte masivo de toda política. Podría razonablemente decir, por ejemplo: el siglo comienza con la guerra de 14-18, guerra que incluye la Revolución de octubre 1917, y se termina con el derrumbe de la URSS y el fin de la guerra fría. Es el pequeño siglo (setenta y cinco años), muy unificado. El siglo soviético, en suma. Lo construimos con la ayuda de parámetros históricos y políticos por entero reconocibles y clásicos: la guerra y la revolución. Guerra y revolución quedan aquí especificadas por “mundial”. El siglo se articula en torno a dos guerras mundiales, por un lado, y por el otro alrededor del origen, el despliegue y el derrumbe del emprendimiento llamado “comunista”, a nivel planetario.

Otros, por cierto, igualmente obsesionados por la Historia o por lo que dan en llamar “la memoria”, cuentan el siglo de una manera por completo distinta. Y puedo entenderlos sin dificultad. El siglo es, esta vez, el lugar de acontecimientos tan apocalípticos, tan espantosos, que la única categoría apropiada para pronunciar su unidad es la de crimen. Crímenes del comunismo de Stalin y crímenes nazis. En el corazón del siglo está entonces el Crimen que da la medida de los crímenes, la exterminación de los judíos de Europa. El siglo es un siglo maldito. Para pensarlo, los parámetros mayores son los campos de exterminio, las cámaras de gas, las masacres, la tortura, el crimen de Estado organizado. El número interviene como calificación intrínseca, en tanto que categoría del crimen, a partir del momento en que, ligada al Estado, designa la masacre masiva. El balance del siglo plantea inmediatamente la pregunta acerca del recuento de los muertos. ¿Por qué esta voluntad de recontar? Ocurre que el juicio ético sólo encuentra aquí su real en el exceso aplastante del crimen, en la cuenta millonaria de las víctimas. El recuento es el punto donde la dimensión industrial de la muerte cruza la necesidad del juicio. El recuento es el real que le suponemos al imperativo moral. La conjunción de ese real y del crimen a nivel del Estado lleva un nombre: este siglo es el siglo totalitario.

Notemos que es más pequeño aun que el siglo “comunista”. Comienza en 1917 con Lenin (algunos, pero entonces resultaría demasiado largo, lo harían comenzar gustosos en 1793, con Robespierre), alcanza su punto culminante en 1937 por el lado de Stalin, en 1942-45 por el lado de Hitler y queda por lo que es esencial consumado en 1976, con la muerte de Mao-Tsé-Tung. Dura entonces unos sesenta años, al menos si se ignoran algunos sobrevivientes exóticos, tales como Fidel Castro o algunos resurgimientos diabólicos y excéntricos, como el islamismo “fanático”.

A pesar de ello, sigue siendo posible para quien franquea fríamente ese pequeño siglo y su furor mortífero -o para quien lo transforma en memoria o en conmemoración contrita-, pensar históricamente nuestra época a partir de su resultado. Finalmente, el s. XX sería el del triunfo del capitalismo y del mercado mundial. La feliz correlación del Mercado sin restricción y de la Democracia sin orillas, en la medida en que entierre las patologías de la voluntad desencadenada, habrá por fin instaurado el sentido del siglo como pacificación o sabiduría de la mediocridad. El siglo diría la victoria de la economía, en todos los sentidos del término: el Capital, como economía de las pasiones irrazonables del pensamiento. Es el siglo liberal. Ese siglo donde el parlamentarismo y su soporte abren la vía real de las ideas minúsculas es el más corto de todos. Comenzando en la mejor de las hipótesis después de los años setenta (últimos años de exaltación revolucionaria), dura treinta años. Siglo feliz, se dice. Siglo rabadilla.

¿Cómo meditar filosóficamente todo esto? ¿Qué pronunciar, en acuerdo con el concepto, acerca del entrecruzamiento del siglo totalitario, del siglo soviético y del siglo liberal? Elegir un tipo de unidad objetiva o histórica (la epopeya comunista o el mal radical o la democracia triunfante...) no puede servirnos de inmediato, ya que la cuestión para nosotros, los filósofos, no es qué ocurrió en el siglo, sino qué se pensó en él. ¿Qué fue pensado por los hombres de ese siglo, que no sea un simple despliegue de un pensamiento anterior? ¿Cuáles son los pensamientos no transmitidos? ¿Qué fue pensado de aquello que hasta entonces permanecía impensado y aun impensable?

El método será el siguiente: extraer de la producción del siglo algunos documentos, algunos rasgos que indiquen cómo el siglo se tomó como objeto de su propio pensamiento. Y más exactamente, cómo el siglo pensó su pensamiento, cómo identificó la singularidad pensante de su relación con la historicidad de su pensamiento.

Para aclarar este aspecto metodológico, permítanme plantear la siguiente pregunta, hoy en día provocante y hasta prohibida: ¿cuál era el pensamiento de los nazis? ¿Qué pensaban los nazis? Hay una manera de remitir siempre masivamente a lo que los nazis hicieron (se propusieron exterminar los judíos de Europa en las cámaras de gas), que cierra absolutamente todo acceso a lo que pensaban o imaginaban pensar cuando lo hacían. Ahora bien, no pensar aquello que los nazis pensaban, prohíbe al mismo tiempo pensar en lo que hacían y, en consecuencia, prohíbe toda política real de interdicción del retorno de ese hacer. En tanto el pensamiento nazi no haya sido pensado, permanece entre nosotros, impensado, y por consiguiente, indestructible.

Cuando se dice, a la ligera, que lo que hicieron los nazis (la exterminación) es del orden de lo impensable, de lo intratable, se olvida un punto capital, como es que los nazis lo pensaron y lo trataron, con el mayor de los cuidados, con la determinación más firme.

Decir que el nazismo no es un pensamiento, o de un modo más general, que la barbarie no piensa, implica de hecho una declaración de inocencia disimulada. Es una de las formas del “pensamiento único” actual, que es en realidad la promoción de una política única. La política es un pensamiento, la barbarie no es un pensamiento, entonces ninguna política es bárbara. Este silogismo sólo apunta a disimular la barbarie, sin embargo evidente, del capital-parlamentarismo que nos determina hoy. Para salir de esta simulación es preciso sostener, en y por el testimonio del siglo, que el nazismo como tal es una política, es un pensamiento.

Se me dirá entonces: usted no quiere ver que ante todo el nazismo -y el stalinismo por añadidura- son figuras del Mal. Sostengo que, por el contrario, identificándolos como pensamientos o como políticas, soy yo quien me doy finalmente los medios para juzgarlos y ustedes quienes, hipostasiando el juicio, terminan protegiendo su repetición.

De hecho, la ecuación moral que identifica el “impensable” nazi (o stalinista) con el Mal, es una teología débil. Puesto que heredamos una larga historia teológica que identifica el Mal y el no-ser. Si, en efecto, el Mal es, si hay una positividad ontológica del Mal, de allí se desprende que Dios es su creador y, por consiguiente, el responsable. Para exculpar a Dios,

## **acontecimiento N° 21 - 2001**

es preciso denegar todo ser al Mal. Aquellos que afirman que el nazismo no es un pensamiento o que no es una política (contrariamente a la democracia que ellos dicen representar), sólo quieren exculpar el pensamiento o la política. Es decir, disimular el parentesco secreto y profundo entre el real político del nazismo y eso que ellos pretenden constituir la inocencia democrática.

Una de las verdades del siglo es que las democracias aliadas en guerra contra Hitler casi no se preocupaban por la exterminación. Estratégicamente, estaban en guerra contra el expansionismo alemán, pero en absoluto contra el régimen nazi. Tácticamente (ritmo de las ofensivas, lugares bombardeados, operaciones de comando, etc.), ninguna de sus decisiones tenía como finalidad impedir, ni siquiera limitar, el exterminio. Y esto era así pese a que estuvieron muy pronto al tanto de su comienzo. Otro tanto ocurre en nuestros días, cuando nuestras democracias por entero humanitarias cuando se trata de los bombardeos a Serbia o Irak, prácticamente no se preocupan de la exterminación de millones de africanos por causa de una enfermedad, el SIDA, cuyo control se conoce y que es controlada en Europa o en los Estados Unidos. Pero por razones de economía y de propiedad, razones de derecho comercial y de prioridad de los financiamientos, razones imperiales, razones por completo pensables y pensadas, no se darán medicamentos a los moribundos africanos. Sólo a los blancos demócratas. En ambos casos, el verdadero problema del siglo es el acoplamiento de las “democracias” y aquello que, après-coup, ellas designan como su Otro, la barbarie de la cual son inocentes. Y lo que es necesario deshacer es este procedimiento discursivo de hacerse inocente. Sólo así pueden construirse, sobre ese punto, algunas verdades.

La lógica de esas verdades supone que se determine su sujeto, esto es, la operación efectiva que está en juego en la denegación de éste o aquél fragmento de real. A propósito del siglo, esto es lo que nosotros intentaremos hacer.

Mi proyecto es el de mantenernos tan cerca como sea posible de las subjetividades del siglo. No de cualquier subjetividad, sino de aquélla que se refiere precisamente al siglo como tal. El objetivo es el de intentar ver si el sintagma “siglo XX”, más allá de la simple numeración empírica, resulta pertinente para el pensamiento. Utilizamos un método en interioridad máxima. No se trata de juzgar el siglo como un dato objetivo, sino de preguntarse cómo fue subjetivado, de captar el siglo a partir de su convocación inmanente, como categoría del propio siglo. Los documentos privilegiados serán, para nosotros, los textos (o los cuadros, o las secuencias ...) que recurren al sentido del siglo para los actores del siglo mismo. O que hacen del término “siglo”, en tanto ese siglo está en curso, y aun recién abierto, uno de sus términos claves.

Procediendo de este modo quizá lleguemos a reemplazar los juicios por la resolución de algunos problemas. La inflación moral contemporánea hace que el siglo resulte juzgado desde todos los ángulos y condenado. No tengo la intención de rehabilitarlo, sólo de pensarlo y, por consiguiente, de disponer respecto de él su ser-pensable. Lo que debe suscitar el interés no es en primer término el “valor” del siglo respecto de un Tribunal de los derechos del hombre, tan mediocre intelectualmente como el TPI montado por los americanos lo es jurídica y políticamente. Intentemos en todo caso aislar y abordar algunos enigmas.

Para terminar esta lección, indico uno de ellos, de un alcance muy grande.

El S.XX comienza con un envión excepcional. Consideremos como su prólogo las dos grandes décadas que van de 1890 a 1914. En todos los registros del pensamiento, esos años representan un período de invención excepcional, un período de creatividad polimorfa que sólo puede compararse al Renacimiento en Florencia o al siglo de Pericles. Es un tiempo prodigioso de creación y de ruptura. Consideren sólo algunas referencias: en 1898, muere Mallarmé después de haber publicado el texto que constituye el manifiesto de la escritura contemporánea, Una tirada de dados jamás... En 1905, Einstein inventa la relatividad restringida, a menos que Poincaré no lo haya precedido, y la teoría cuántica de la luz. En 1900, Freud publica La interpretación de los sueños, aportando a la revolución

psicoanalítica su primera obra maestra sistemática. Siempre en Viena, durante ese período, en 1908, Schoenberg funda la posibilidad de una música atonal. En 1902, Lenin creó la política moderna, creación depositada en ¿Qué hacer? Es también de ese principio de siglo que datan las inmensas novelas de James o de Conrad y es en ese momento que se escribe lo esencial de En busca del tiempo perdido, de Proust, en tanto madura el Ulises de Joyce. Iniciada por Frege, con Russell, Hilbert, el joven Wittgenstein y algunos otros, la lógica matematizada y su escolta, la filosofía del lenguaje, se despliegan tanto en el continente como en el Reino Unido. Pero llegados a 1912, Picasso y Braque trastornan la lógica pictórica. Husserl, en su obstinación solitaria, despliega la descripción fenomenológica. Paralelamente, genios poderosos como los de Poincaré o Hilbert refundan, siguiendo la perspectiva de Riemann, Dedekind y Cantor, todo el estilo de las matemáticas. Poco antes de la guerra del '14, en el pequeño Portugal, Fernando Pessoa fija para la poesía tareas hercúleas. Hasta el cine, apenas inventado, encuentra con Méliès, Griffith, Chaplin, sus primeros genios. No podríamos poner un término a la enumeración de los prodigios de este breve período.

Ahora bien, inmediatamente después, es algo como una larga tragedia la que viene a instaurarse, cuyo color será fijado por la guerra de 1914-1918, la tragedia de la utilización sin consideración alguna del material humano. Hay por cierto un espíritu de los años treinta. Está lejos de ser estéril, como lo veremos. Pero es tan masivo y violento como el del comienzo del siglo era inventivo y sutil. Hay un enigma en lo que hace al sentido de esta sucesión.

O bien un problema. Preguntémoslo lo siguiente: los terribles años treinta, o cuarenta, y aun cincuenta, con las guerras mundiales, las guerras coloniales, las construcciones políticas opacas, las masacres masivas, los emprendimientos gigantescos y precarios, las victorias cuyo costo es tan elevado que se dijera constituyen derrotas, todo esto ¿está en relación, o en no-relación, con el envión en apariencia tan luminoso, tan creador, tan civilizado, constituido por los primeros años del siglo? Entre esos dos pedazos del tiempo, se ubica la guerra de 1914. ¿Cuál es, desde esta perspectiva, su significación? ¿De qué es el resultado o qué es lo que simboliza?

Digamos que no tenemos chance alguna de resolver ese problema si no recordamos que el período bendito es también el del apogeo de las conquistas coloniales, del dominio europeo sobre la tierra entera, o casi. Y que de este modo, en otro sitio, lejos, pero también muy cerca de las almas y en cada familia, la servidumbre y la masacre ya están presentes. Desde antes de la guerra del '14, está el África librada a eso que algunos escasos testigos o artistas nombrarán como un salvajismo conquistador y bien pensante. Yo mismo miro con espanto este diccionario Larousse de 1932, heredado de mis padres, donde en el registro de la jerarquía de las razas, tratado como una evidencia para todos, se dibuja el cráneo del negro entre el del gorila y el del europeo.

Transcurridos dos o tres siglos de deportación de carne humana a los fines de la esclavitud, la conquista termina haciendo del África el reverso horroroso del esplendor europeo, capitalista y democrático. Y esto continúa siendo así actualmente. En el hondo furor de los años treinta, en la indiferencia a la muerte, algo que viene por cierto de la gran guerra y las trincheras, pero que viene también, como un retorno infernal, de las colonias, del modo según el cual se consideran allí las diferencias de la humanidad.

Admitamos que nuestro siglo sea aquél en el que, como lo decía Malraux, la política se transformó en tragedia. En los comienzos del siglo, en el impulso dorado de la "belle époque", ¿qué era lo que preparaba esta visión de las cosas? En el fondo, a partir de un momento dado, la idea de cambiar al hombre, de crear un hombre nuevo, atormentó al siglo. Es cierto que esta idea circula entre los fascismos y los comunismos, que las estatuas son un poco las mismas, aquélla del proletario erguido en el umbral del mundo emancipado, pero también la del ario ejemplar, la de Sigfrido fulminando los dragones de la decadencia. Crear un hombre nuevo implica siempre exigir que el hombre antiguo sea destruido. La discusión violenta, irreconciliada, concierne qué se entiende por el hombre

## **acontecimiento N° 21 - 2001**

antiguo. Pero en todos los casos, el proyecto es tan radical que no se considera, en su realización, la singularidad de las vidas humanas. No hay en ellas sino un material. Un poco a la manera en que, arrancados de su armonía tonal o figurativa, los sonidos y las formas eran, para los artistas del arte moderno, materiales cuya destinación es preciso reformular.

O bien como los signos formales que, destituidos de toda idealización objetiva, las matemáticas proyectaban hacia una culminación mecanicista. El proyecto del hombre nuevo es en este sentido un proyecto de ruptura y de fundación que sostiene, en el orden de la historia y del Estado, la misma tonalidad subjetiva que las rupturas científicas, artísticas, sexuales, de principios de siglo. Es entonces posible sostener que el siglo ha sido fiel a su prólogo. Ferozmente fiel.

Resulta curioso, hoy, que esas categorías estén muertas, que ya nadie se preocupe por crear políticamente un hombre nuevo, que por el contrario se pida por todas partes la conservación del hombre antiguo -y por añadidura, la de todos los animales en peligro, e incluso la del viejo maíz-; y que es justamente hoy cuando se está a punto de cambiar realmente al hombre, a modificar la especie. Toda la diferencia reside en que la genética es profundamente apolítica. Hasta diría que es estúpida, o al menos no supone un pensamiento. No va más allá de una técnica. Resulta entonces coherente que la condena del proyecto político prometeico (el hombre nuevo de la sociedad emancipada) coincida con la posibilidad técnica, y en última instancia financiera, de cambiar la especificidad del hombre, ya que ese cambio no corresponde a proyecto alguno. Nos enteramos por los diarios que es posible, que podremos tener cinco patas o ser inmortales. Y esto ocurrirá justamente porque no es un proyecto. Sucederá en la línea del automatismo de las cosas.

Vivimos, en suma, el desquite de aquello que resulta más ciego y objetivo en la apropiación económica de la técnica respecto del núcleo más subjetivo y voluntario de la política. Y aun más, en un cierto sentido, el desquite del problema científico respecto del proyecto político. Ya que esto se presenta así: la ciencia -allí reside su grandeza- tiene problemas, no tiene proyecto. "Cambiar al hombre en lo que tiene de más profundo" fue un proyecto revolucionario, sin duda un mal proyecto, y se transformó en un problema científico o quizá tan sólo técnico. En todo caso un problema que tiene soluciones. Sabemos hacerlo o lo sabremos.

Evidentemente es posible plantear la cuestión: ¿qué hacer con el hecho de que sabemos hacerlo? Pero para responderla, es necesario un proyecto. Un proyecto político, grandioso, épico, violento. Créanme, no son las hipócritas comisiones de ética las que van a responder a la cuestión: "¿Qué hacer de este hecho: la ciencia sabe hacer un hombre nuevo?". Y en la medida en que no hay proyecto -o en tanto no lo haya-, la única respuesta es bien conocida. Es la ganancia la que dirá qué hacer.

Pero en fin, hasta su conclusión el siglo habrá sido por cierto el del advenimiento de otra humanidad, de un cambio decisivo en cuanto a qué es el hombre. Y es en ese sentido que habrá permanecido fiel a las extraordinarias rupturas mentales de sus primeros años. Pero se habrá pasado, poco a poco, del orden del proyecto al de los automatismos de la ganancia. El proyecto habrá matado mucho. El automatismo también y continuará haciéndolo, pero sin que nadie pueda nombrar un responsable. Convengamos, para explicarlo, que el siglo fue la ocasión de vastos crímenes. Agreguemos que no se terminó, sino que a los criminales con nombre propio les suceden criminales tan anónimos como lo son las sociedades mercantiles.

Traducción del original francés: Nilda Prados